



La costumbre de contar los días por siete ó por semanas, que se encuentra en casi todas las naciones, parece un antiguo recuerdo de los siete días primitivos en que Dios crió y bendijo el universo. Desde la más remota antigüedad, el sétimo día era un día de fiesta para los chinos. Se cuenta en el Yking, uno de sus libros canónicos, que los antiguos reyes, en el día sétimo, que llama el gran día, hacían cerrar las puertas de las casas; que en aquel día no se hacía ningún comercio, y que los magistrados no juzgaban ningún negocio; esto es lo que se llama en China el antiguo calendario (1).

Una circunstancia, que por sí sola demuestra la universalidad de estas tradiciones, es el que se encuentra hasta en los salvajes de América, los Iroquois y los Hurons. «Segun las narraciones invariables de las personas que en diversas épocas, despues del descubrimiento de América, han tenido ocasion de vivir en medio las tribus indias, escribian hace pocos años sábios ingleses, no hay nada más cierto que la firme creencia de estos salvajes *no instruidos*, en la existencia del Todopoderoso, en la unidad de Dios, y en un estado futuro de premio y de castigo. Adoran al gran espíritu que da la vida, y le atribuyen á la vez la creacion y el gobierno de todas las cosas, con una sabiduría, un poder y una bondad infinitas.

»En cuanto al origen de su religion, crecen en general, que cuando el espíritu hubo formado terrenos para cazar y les dotó de caza, crió el primer hombre y la primera mujer rojos, que eran de una gran estatura y vivieron largos años; que frecuentemente se entretenía familiarmente con ellos; que les dió leyes que habian de observar, y les enseñó á cazar y á cultivar el trigo; pero que á consecuencia de su desobediencia, se apartó de ellos y les abandonó á los vejámenes del espíritu maligno, que despues ha sido la causa de su degeneracion y de sus sufrimientos. Creen que el Criador es de un carácter más elevado, por ser directamente el autor del mal, y que, á pesar de las

(1) Chouking, Paris, 1770. Discurso preliminar, p. CXVIII.

ofensas de sus hijos rojos, continúa esparciendo sobre ellos todas las bendiciones de que gozan. En consecuencia de esta benevolencia paternal para ellos, tienen hácia él una piedad verdaderamente filial y sincera, le dirigen sus ruegos en todas sus necesidades, y le dan gracias por todos los bienes que reciben. Segun su manera de representarse el estado futuro, el paraíso es una region deliciosa, situada muy lejos, al otro lado del gran Océano, en donde sus ocupaciones estarán exentas de penas y de turbaciones, sin cambiar por eso de naturaleza; en donde habrá un cielo sin nubes y una primavera eterna. Allí, en la posesion eterna de la felicidad, esperan entrar en la gracia y gozar de la presencia inmediata del gran Espíritu.

»Con eso, tienen una profunda conviccion de que la práctica de las acciones buenas y virtuosas en esta vida puede solo asegurarles un porvenir venturoso, y una conducta opuesta les acarreará, por el contrario, aflicciones, miserias, desgracias sin fin, en una tierra estéril y desierta, patrimonio de espíritus malvados, cuyo placer y ocupacion es hacer á los desgraciados mucho más miserables (1).»

Estas tradiciones, que los historiadores españoles de América habian todos reconocido y consignado desde el descubrimiento de este país, un sábio alemán acaba de encontrarlas, como ellos, entre los diversos pueblos que ha visitado, en particular en los jeroglíficos ó escrituras por imágenes de los antiguos mejicanos. En todas partes el Gran Espíritu, Sér supremo é invisible, ha criado el cielo y la tierra, y sobre la tierra un primer hombre y una primera mujer (2).

El nombre de *Gran Espíritu* dado á Dios por los salvajes de América, nos parece admirable. Lo que no es ménos admirable es la manera como Dios interviene en sus discursos. En 1813, una colonia de la América septentrional, requerida por los ingleses para que evacuasen su territorio paterno, respondió por

(1) *Memorial católico*; Noviembre, 1825.

(2) *Vistas de las Cordilleras*, por M. de Humboldt.



uno de sus jefes: «Nuestras vidas están en las manos del Gran Espíritu. Él ha dado á nuestros padres las tierras que poseemos; si esta es su voluntad, nuestros huesos blanquearán sobre estos campos, pero no les abandonaremos jamás.»

El color rojo que dan á nuestros primeros padres, admira desde luego, así como el paraíso lleno de caza. Esto se explica, porque estos pueblos tienen este mismo color y viven principalmente de la caza. Por otra parte, en estas mismas particularidades, sus tradiciones están literalmente conformes con la narracion de Moisés. El nombre de Adam que Dios da al primer hombre, así como á toda su posteridad, puede significar, en hebreo, *de tierra roja*; y los animales que le trae y le somete en el paraíso, pueden muy bien hacer mirar á este lugar como una especie de parque. El nombre mismo de paraíso significa entre los persas y entre los griegos, un jardín de recreo, en donde, con los más bellos árboles, se encontraban animales de toda especie para la caza del rey (1).

Lo que parecerá quizá más admirable aún de parte de estos pobres salvajes, es el recuerdo de la caída del hombre; pero sobre todo la esperanza de la redencion, la esperanza de volver á entrar en gracia y gozar de nuevo de la presencia inmediata y familiar del Gran Espíritu, como en el origen. No solamente la América creía en la caída original del hombre, sino que conservaba aún el recuerdo de los personajes que han sido la causa: la serpiente y la mujer. Aún hoy se ve en las pinturas jeroglíficas de los mejicanos la célebre *mujer serpiente*, llamada también *mujer de nuestra carne*, compañera del *señor de nuestra carne*, mujer que los mejicanos miraban como la madre del género humano, y que es siempre representada en relacion con una gran serpiente. Otras pinturas nos ofrecen una culebra coronada hecha pedazos por el Gran Espíritu (2).

En fin, recientemente aún se ha descubier-

(1) *Ciropeedia de Xenofonte*.

(2) *Vista de las Cordilleras*, por M. de Humboldt, t. I, p. 235.

to en la Pensilvania, bajo una enorme encina arrancada por la tempestad, una gran piedra, sobre la cual estaban grabados, entre otras cosas, un hombre y una mujer separados por un árbol, teniendo la mujer frutas en la mano. Al rededor de ellos se veían ciervos, osos y aves.

Como esta encina tenia por lo ménos cinco ó seis siglos de existencia, estas figuras han debido ser esculpidas mucho tiempo antes del descubrimiento de América por Colon (1).

¿Pero de dónde han podido venir á los americanos tradiciones semejantes? Hoy la respuesta no es difícil. La América estuvo unida probablemente al Asia por el Norte. Cuando ménos, bien sabido es al presente que la América Septentrional no está muy apartada del Asia Oriental. Ahora bien; en toda el Asia se encuentran estas mismas tradiciones.

Uno de los libros canónicos de los chinos, el Yking, habla así del dragon ó de la gran serpiente: «Gimió sobre su orgullo.» Y «El orgullo le cegó cuando quiso subir al cielo, y cayó al seno de la tierra.» El inmoderado deseo de la ciencia, dice Hoainantse, precipitó al género humano en la perdicion. No escuchéis á la mujer, dice un antiguo proverbio chino, y la glosa añade: «Porque la mujer ha sido el origen y la raíz de todos los males.»

Quando el hombre fué pervertido, dice Lopi, los animales, las aves, los insectos y las serpientes, le hicieron la guerra. Apenas adquirió la ciencia, todas las criaturas vinieron á ser sus enemigos. En ménos de tres ó cinco horas, el cielo se cambió, y el hombre ya no fué el mismo. Cuando la inocencia fué perdida, dice Hoainantse, entonces apareció la misericordia (2).

En los libros de los indios, donde el Sér Supremo se manifiesta en tres personas, Brahma ó el Criador, Vichnu ó el Conservador, Siva ó el que destruye y renueva; en estos libros se ve la segunda persona de esta especie de tri-

(1) *Anales de la literatura y de las artes*, l. 10, pág. 286.

(2) *Memorias concernientes á los chinos*, t. I, página 203 y 101.





nidad divina descender frecuentemente sobre la tierra para restablecer el orden. Una vez se hace hombre bajo el nombre de Crichna, y mata una horrible serpiente. También este dios encarnado es representado luego enlazado por una serpiente que le muerde el talón, después teniendo esta serpiente con las dos manos y colocando su pié sobre la cabeza (1).

En las tradiciones de los persas, se ve á Ahriman, la madre del mal, llamada también Shetan ó Satan, bajo la forma de una culebra,

(1) *Ancient history of Hindostan*, by Thomas Maurice, vol. 2.

presentar frutas al primer hombre y á la primera mujer, que comen y pierden por eso las prerrogativas de que gozaban. Asimismo se ve entre Ormuzd, jefe de los buenos genios, y Ahriman, jefe de los malos, un Dios mediador que debe vencer al segundo y hacer triunfar al primero (1).

Las diversas tradiciones nos han indicado cómo empezó esta gran guerra para el hombre. Moisés nos la enseñará más completamente.

(1) Anquetil, *Zend-Avesta*.

### CAPÍTULO III

#### Caida del hombre

Recien salidos de manos de su Criador, vivian el hombre y la mujer dichosos, justos é inmortales, llena la mente de inteligencia, de amor divino el corazón, y de gracias el cuerpo; y aunque ambos estaban desnudos, su completa ignorancia del pecado no les permitía avergonzarse por ello. Mas no fué duradera tanta felicidad.

En medio del jardín de deleites habia dos misteriosos árboles, llamado el uno *árbol de la vida*, y el otro *árbol de la ciencia del bien y del mal*, con los cuales quiso el Señor probar la obediencia de sus dos criaturas privilegiadas, á fin de que pudiesen merecer; y así dijo á Adam: «Comerás de todo árbol del Paraíso; mas del árbol de ciencia de bien y de mal, no comas, porque en cualquier día que lo hicieres, morirás irremisiblemente.»

Mas al sacar de la nada los cielos y la tierra, habia también criado el Todopoderoso á los Ángeles, espíritus puros é incorpóreos; los cuales gozaban de una felicidad mayor todavía que la del hombre, y podian hacerla eterna, conservándose fieles á su Criador. Con todo eso, muchos de ellos, ciegos de soberbia, se rebelaron contra su poder; y ¡oh lastimoso efecto del pecado! en aquel mismo instante perdieron todas las admirables cualidades que los distinguian, comenzando á arrastrar una existencia aborrecible y dañina, en vez de la venturosa que habian perdido. El ángel impuro que habia acaudillado á estos rebeldes, y que por haber sido el más soberbio de todos fué también el más severamente castigado, envidioso ahora de la raza humana, y ambicionando hacerla cómplice de su rebelion, se transfiguró en serpiente, y dijo á la mujer: «¿Por qué os

mandó Dios que no comiéseis de todo árbol del Paraíso?» A lo cual respondió ella: «De la fruta de los árboles que hay en el Paraíso comemos; mas de la fruta del árbol que está en medio del Paraíso nos mandó Dios que no comiéramos, y que no lo tocáramos, porque no muráramos.» «De ninguna manera morireis (replicó la serpiente); pero sabe Dios que en cualquier día que comiéreis de ese árbol, serán abiertos vuestros ojos, y sereis como dioses, sabiendo el bien y el mal.»

Tentadoras eran las palabras del maléfico espíritu; el fruto, agradable á los ojos, aun prometía serlo más al paladar. La mujer comió de él y dió á su marido, que también comió. Esta entrada tuvo el pecado en el mundo, acompañándole la pérdida de la gracia divina, los males todos de la vida humana, y la muerte por último, que son su inevitable consecuencia y su justo castigo.

Abriéronse, en efecto, desde aquel instante los ojos de entrambos delincuentes; mas no de la manera que habian apetecido; porque el espectáculo de su desnudez les ruborizó en términos tales, que hubieron de cubrirla uniendo hojas de higuera y formándose con ellas anchos ceñidores.

La voz del Señor, que resonó en el Paraíso, hizoles huir precipitados á ocultarse entre los árboles.—«¿En dónde estás?» decía Dios á Adam, atormentándole en su fuga; el cual respondió amedrentado:—«Oí tu voz en el Paraíso, y tuve temor, porque estaba desnudo, y escondíme.»—«¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo (repuso el Omnipotente), sino el haber comido del árbol de que te mandé que no comieras?»—«La mujer que me diste por com-